

CÍRCULOS CONCÉNTRICOS EN LA CREACIÓN LITERARIA

Nicolás Miñambres

Pocos escritores llevan a cabo una literaturización tan poética y original de los motivos autobiográficos como Antonio Pereira. Felizmente, el lector nunca podrá documentar lo que de real o inventado tienen la mayoría de los relatos. En *La divisa en la torre* este recurso se cumple con creces. Si aparecen muchos de sus amigos escritores, casi nunca la semblanza resulta convencional u objetiva.

Siempre hay un sesgo final, una mínima cabriola que transforma lo descrito.

Es lo que ocurre, por ejemplo, en «Los cuadros del psiquiatra», con un Antonio Gamoneda que se rebela contra el tratamiento médico por cuestiones de gusto pictórico. O en «Los boleros del dentista». No falta la referencia a seres queridos frecuentes en su obra, como es el caso del obispo, a quien recupera en «Pastoral», un microrrelato pleno de delicadeza, o en «Las camisas del obispo», con un toque de humor ingenioso en la velada villafranquina.

A pesar de estas visiones personales, el grueso de los motivos de la obra gira en torno al mundo de la creación literaria, que empapa sutilmente la mayoría de los relatos. La poesía, la música, lo metaliterario, la propia precisión lingüística (como en el relato «El anacoluto»), los celos literarios, el sentido del fracaso, la simbólica venganza creativa de «Cano y Canito», el aprovechamiento estético del famoso relato «La rusa»... sirven de feliz pretexto al escritor para urdir sus narraciones.

Tal vez la cima de estas composiciones la alcance Antonio Pereira en dos relatos, en apariencia opuestos: «La divisa en la torre» y «Seis palabras, 4 pesetas» encarnan a la perfección los dos extremos del mundo con el amor y la poesía como centro. El primero, uno de los más extensos de la obra, se sitúa en un escenario gallego, aristocrático, de ecos seculares. En la regia arquitectura del Pazo de Fefiñanes viven personajes de abolengo, conocedores de todos los placeres del arte y de la vida. En ese ambiente misterioso y señorial, la poesía (la que recita el narrador y la que pudorosamente oculta la dueña del palacio)

acaba siendo el arte misterioso que flota por encima de lo material. Y también el amor o, al menos, la fascinación por una mujer, que, en su despedida, le recuerda la divisa de la torre del palacio: «Osar morir dar la vida». Frente al relato citado, «Seis palabras, 4 pesetas» es una sutilísima crónica de la humildad, de la pobreza. Pero también, del amor y de la timidez. Las seis palabras con las que el narrador redacta el telegrama de Benigna, la criada, son una confesión desolada, dramática.

Lo mismo que los personajes leoneses, familiares y próximos, el espacio de los relatos parte de esta cercanía geográfica para alcanzar límites lejanos, como la Argentina de Borges, el Tánger de Agustín García Yebra o ese Brasil en el que el amigo del escritor decide, desde su intenso afecto, dar a un cerdito de su explotación ganadera, el nombre del escritor. Todo sirve para crear un mundo en el que los delicados trazos del estilo de Antonio Pereira crean una vez más mundos y situaciones misteriosos y delicados a los ojos del lector. Todo ello conseguido con una hábil y sencilla utilización de las técnicas narrativas más modernas y originales.